

DALAS REVIEW

FUGITIVOS

EN EL

TIEMPO

A man with brown hair, wearing a white button-down shirt and maroon trousers, is balancing on a thin tightrope. He is positioned in the center of the frame, with his arms extended horizontally to maintain balance. Below him is a vast, dense cityscape of skyscrapers, likely New York City, under a hazy, golden-hour sky. The overall mood is one of precariousness and focus.

Hacemos
de la eternidad
una nada
y de la nada
una eternidad

mñ

DALAS REVIEW

FUGITIVOS EN EL TIEMPO

m̄r

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Dalas Review, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.mrediciones.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-270-4233-9

Depósito legal: B. 28.301-2015

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Unigraf, S. L.

Printed in Spain-Impreso en España

ÍNDICE

1. LA HISTORIA INCREÍBLE	11
2. LA ÚLTIMA NOCHE	16
3. MI LLAMADA	33
4. UNA CHICA SIN ALMA	44
5. ROSELLA	51
6. «NO LO HAGAS»	75
7. LUNA DE MIEL	90
8. EL REGRESO	118
9. ESTO NO HA TERMINADO	127
10. EL ARO	140
11. EL «GIRO»	146
12. EL «CUERPO»	158
13. EL «ESPACIO»	180
14. EL «TIEMPO»	189
15. <i>RESET</i>	208
EPÍLOGO	212
SOBRE EL AUTOR	215

1

LA HISTORIA INCREÍBLE

Estaba sentado frente a mi ordenador. Acababa de entrar de la calle, pero no había llegado tarde. Revisé la hora para asegurarme de que estaba allí a tiempo y enseguida vi conectado a Uriel. Llevaba tiempo sabiendo de su existencia, solía escribirme de vez en cuando, pero era la primera vez que iba a establecer contacto directo con él. Entonces apareció en la pantalla la llamada entrante. Contesté de inmediato:

—¡Hola, Uriel! ¿Qué tal? —le saludé.

—Hola, Dalas —me respondió a los pocos segundos—, ¿cómo estás? Un placer hablar contigo.

A pesar de que no nos conocíamos, su forma de dirigirse a mí le daba un aire amistoso, casi familiar. Por su aspecto parecía un tío... no sé, bastante normal, algo tímido quizás.

—Bueno Uriel, ¡primero de todo!, lo que me escribiste me ha sorprendido un montón.

Uriel me había estado mandando trozos de una historia por e-mail y posteriormente algunas pinceladas por chat. Normalmente no solía responder a cosas de ese estilo, pero esta en concreto me gustó. Será por mi afición al género o que... de alguna forma, él la contaba como si realmente le hubiera ocurrido a él. Todo en primera persona y como explicándome su historia. Supongo que eso era lo que realmente la hacía atractiva, que aunque me estuviera contando una historia de ficción, la hacía parecer totalmente realista. Me daba la sensación de que estaba hablando con un amigo y me estaba contando algo que le hubiera pasado el otro día. Es posible que él quisiera contársela a alguien como yo, que tal vez podría darle más publicidad. «Increíble» es la palabra correcta para definirla, o tal vez era yo, que había leído muy poco.

—¿Te gustó? —me preguntó de golpe. A veces pensaba que había copiado todo de algún sitio que yo no había visto. ¡Hay tantas historias y películas que me quedan por ver! Y no sería la primera vez que me la colaban. Soy desconfiado por naturaleza.

—¡¿Que si me gustó?! —le dije, echándome a reír, con esta risa mía que dicen que se pega con facilidad—. Uriel, por favor... ¡¡me encantó!!

Ví en su cara que para él fue un alivio escuchar esto. Aunque también me dio la sensación de que había algo extraño en su intenso deseo de dar a conocer la historia que se le había ocurrido.

—En serio, me gusta mucho —proseguí—. ¿De dónde has sacado esas ideas tan geniales, joder? —le contesté, dando un golpe con la mano sobre la mesa. Quería mostrarle mi interés de forma enérgica.

—Bueno, ya sabes... ¡supongo que tengo bastante imaginación! —me contestó. De nuevo me pareció ver en su cara un gesto algo raro. Como si me estuviera... ¿mintiendo?

—En serio, tío, ¡deberías publicarlo! En forma de libro. Si yo escribiera libros... ¡te robaría la idea, joder! —Le vi reírse—. ¡Está genial!

—Gracias, Dalas, de veras que te lo agradezco —me contestó bajando la mirada, como si algo le preocupase.

Y entonces vi que se quedaba mirando fijamente la pantalla. Y él me vio a su vez, contemplándole con interés. Me soltó de golpe:

—Es curioso, Dalas, que en el chat tengas un nombre y pongas un avatar que no tienen relación contigo.

—Es para que nadie pueda encontrarme —asintió, entendiendo la obviedad del asunto—. Oye, Uriel...

—¿Sí?

—¿Quieres que te ponga en contacto con una editorial y les presentes un borrador con tu historia? Yo, la verdad, suelo leer poco, pero lo tuyo combina todo lo que me gusta en una sola pieza.

—Vaya, eso suena genial, pero... Bueno, no sé, yo nunca he escrito en serio.

—Venga, hombre, si todos los grandes escritores hubieran dejado de escribir su primer libro porque «nunca habían escrito», no tendríamos libros.

Se quedó en silencio y esbozó una leve sonrisa, algo forzada tal vez. Le había pillado. Estaba seguro de que realmente quería publicar esa historia y si se resistía era por algún otro motivo. ¿Puede que vergüenza? No sería la primera vez que me viene una persona con verdadero talento y que no se atreve a mostrarlo por sus inseguridades. Suelo ayudarles y echarles una mano, pero esta era la vez que más me había atrapado una lectura de este estilo. ¿Tendría algún trauma con eso? ¿Miedo al fracaso tal vez? Para mí era genial, aunque claro, era sólo mi opinión. Como se lo estaba pensando mucho, no quise darle tiempo:

—Mira, te paso el contacto y hablas tú con ellos, ¿de acuerdo? —Le envié los datos de la editorial por el chat. Luego continué hablando—. Uriel, escucha una cosa: por lo que me has contado y por tu forma de contarle... me da la sensación de que

tienes alguna inseguridad, o miedo, en tu interior. Pero no hay nada que te deba preocupar —su gesto cambió de nuevo, pero yo continué hablando—. Escucha: el «no» ya lo tienes. Si tienes miedo de sufrir una derrota en tu vida, no te preocupes, ¡porque ya es tuya! Basta con no hacer nada. Te basta con no atreverte a hacer ninguna cosa. ¡Y es tuya! Ya tienes tu vida llena de noes y estoy seguro de que hay un montón de cosas de las que te has arrepentido mil veces por haberlas dejado pasar —hice una pequeña pausa y seguí—. Teniendo en cuenta esto, lo único que te espera si te atreves es la posibilidad de ganar.

Uriel hizo un gesto de asentimiento.

—De acuerdo, te prometo que me lo pensaré. Lo voy a intentar.

—No hombre. Como decía un viejo maestro verde y enano, «Hazlo o no lo hagas, pero no lo intentes». ¡Así que ya sabes!

A veces sé que me paso de directo o incluso puedo ser cruel, pero hay veces que las cosas necesitan ser dichas de cierta manera para que la persona reaccione y se dé cuenta de lo que está haciendo. No sirve ser extremadamente suave con alguien que nunca se decide a hacer nada. Este tipo de gente está hasta arriba de inseguridades, y lo último que hago es permitirles dudar en algo más. En ocasiones las personas necesitan esa punzada en el culo para echar a correr y comenzar a tomar las riendas de su vida. Aunque... a pesar de eso, muchas veces ni siquiera eso sirve y siguen resguardándose en su típica zona de confort.

A pesar de ello, contra todo pronóstico me enteré de que Uriel al poco tiempo habló con la editorial, llegaron a un acuerdo de edición, escribió la novela y... Bueno, me alegré por él. Pero lo que sucedió a continuación fue realmente raro. La editorial estuvo algún tiempo llamándome para preguntarme por él, aunque ya les había dicho varias veces que él y yo no éramos amigos íntimos. Me pedían el borrador final de la novela, que Uriel les había prometido, pero no había enviado.

La cuestión es que no estaba seguro de si debía enseñarles a ellos o no lo que yo tenía, porque Uriel me había enviado por correo convencional ese borrador, pero era un montón de papeles algo desordenados, sin grapas ni nada de nada. Me lo mandó todo en un paquete que tuve que ir a recoger a correos, y encima de todas las hojas había un post-it con una frase que no llegué a terminar de comprender:

«Espero que entiendas lo que me pasó. Que entiendas por qué hice lo que hice y por quién lo hice. Aunque todo el mundo pensará que todo esto no es más que otro cuento fantástico, tú y yo siempre sabremos la verdad. Que es tan cierta como la vida misma».

Cogí la nota adhesiva de color amarillo y la pegué en la pared, junto a mi ordenador. Miré todas aquellas hojas, sin número en la parte de abajo, y temí que pudieran estar desordenadas. Eché una ojeada y vi que había trozos que parecían de un punto mucho más avanzado de la historia. Así que finalmente me di por vencido a la hora de intentar hacerme una idea de cómo iban ordenadas y comencé a leer, confiando en que todo estuviera bien tal y como me lo había enviado...

2 LA ÚLTIMA NOCHE

Esta es mi historia. Creo que no te aburriré. A mí no me dio ni tiempo a pensar siquiera en la palabra «aburrimiento» mientras me sucedió. Todo empezó una noche cualquiera, de lo más normal del mundo.

Mi entretenimiento habitual hasta entonces consistía en des-cuadrar mi horario a más no poder. Extendía y extendía las horas muertas hasta que se me iban de las manos, a veces no importaba el qué. Podía ver una película, mantener una conversación por chat, hacer un dibujo... Una vez incluso me acosté al amanecer con la excusa de ver un partido de fútbol asiático en directo... Y fíjate que a mí ¡ni siquiera me gusta el fútbol!

Aquella noche, sin embargo, algunas cosas habían cambiado. Estaba harto. Muchos pensamientos, muchos rollos y demasiadas comeduras de coco en los últimos tiempos, que no es que no me dejaran dormir: es que me mantenían despierto durante ho-

ras, siempre sin hacer nada de provecho. A veces el sueño me provocaba una sensación de malestar incomprensible. Había ido a que me recetaran unas píldoras, pero el médico no quiso dármelas.

—Lo suyo es un problema paranoide —me dijo—. Debería usted consultarlo con un profesional de la salud mental: realmente necesita una revisión.

A continuación me extendió un papel con el número de algún sucio chupadíneros que sólo se dedicaría a tomarme el pelo y vaciarme los bolsillos. «¿Yo ir a un profesional? ¿Profesional de qué? ¿Paranoide? Que se meta sus diagnósticos por el culo», pensé.

—Muchas gracias, doctor, le llamaré pronto —le dije mientras cogía el papel.

Ni en mil años pensaba llamar a ese número. Vaya locura. ¿Paranoide? Yo sólo quería una ayudita para dormir bien, pero este supuesto médico, que parecía que se había sacado el título en una lotería, ni siquiera se había molestado en escuchar mi problema.

Volviendo a aquella noche, la última noche «normal» de mi vida... Estaba comiendo unos dulces de lo más empalagoso. Eran un vicio y me estaban poniendo perdida de migas la camiseta. Me resultaba complicado ver la serie que tenía puesta: la pantalla del monitor estaba rota por varios lados. Procuraba entender lo que pasaba ignorando la rotura del cristal.

Y te preguntarás... ¿Qué tuvo de especial aquella noche? Bueno... me habían despedido del trabajo. De acuerdo, ya lo dije, esto era lo que quería decir y lo que realmente me estaba tocando los cojones. No sé qué tenía mi vida en los últimos tiempos. No sé qué le había hecho al mundo, pero todo me iba de mal en peor. Aunque en realidad me lo merecía de alguna forma, sabía que la culpa de mis males era sólo mía. Después de haber faltado un total de quince días al trabajo sin excusa y sin justifi-

cante alguno, sabía que algo me tenía que caer encima. En realidad mi jefe había sido bastante buen tipo hasta ese momento. Era yo quien había traspasado una línea roja. Y no me convenía hacerlo. Podía tener consecuencias.

Oh, quiero decir... Claro, me he adelantado y aún no te he explicado de qué trabajaba yo. Se puede decir que soy... ¿Cómo decirlo? Bueno, informático. ¿Vale? Puede sonar algo ridículo y quizá pienses: «¿Y qué, si hay informáticos a patadas?». En realidad no soy, o no era, un simple informático. Tal vez si te explicara lo que hago de verdad, lo más seguro es que no lo entendieras del todo. Lo primero que debes saber es que, en mi terreno, soy de lo mejor que puedas encontrar.

Por cierto, acabo de darme cuenta de que ni siquiera me he presentado. Me llamo Uriel y tengo veintiocho años. Sí, aún soy joven, estoy en la mejor etapa de la vida, qué bonito es vivir.

Y como te iba diciendo, mi trabajo oficial es ese, «informático», curiosa palabra para describir lo que hacía en realidad. Porque de hecho ni siquiera tengo el título de técnico en el sector. Yo aprendí por mi cuenta. Para que veas que no soy un tipo corriente. Tiempo atrás hice algunos amigos dentro de «territorios» de Internet un poco extraños. Me metía en sitios donde no debía... Hacía cosas que no debía... Resumiendo: me lo pasaba genial ganándome la vida robando dinero *online*. No me malinterpretes, no quiero que pienses que soy un súper-hacker chachi piruli, de esos que teclean dos cosas en el ordenador y espontáneamente se forman un millón de líneas de código en MS-DOS. En realidad lo de las películas es mentira: uno no puede ir a Internet y sacar millones en dinero electrónico por arte de magia. Las cosas necesitan un... arte muy específico. Y vaya, yo era muy bueno en ese arte. Era el resultado de millones de años de evolución para... esto.

Ganaba pasta y nunca me pillaban, pero el dinero era lo de menos. Llegó un punto en el que lo hacía por sentir la adrenalina

del riesgo. Muchas veces el dinero debía redirigirlo a otras entidades e irlo retirando poco a poco. Así que aunque tuviera millones, no podía levantar sospechas o... «Mr. Impuestos diría»: «Eh, tú, ¿cómo puedes gastar tanto dinero si no tienes trabajo?».

No robaba a la gente de a pie, a esos ya les roban lo suficiente los bancos. Pero no me malinterpretes, tampoco pretendía ser un Robin Hood. Simplemente para mí carecía de riesgo robarle a cualquiera. ¿Sabes que si de repente desaparece todo tu dinero nadie mueve un dedo por ti? Cuando las cosas se ponen complicadas, ningún banco ni investigación policial invertirá tiempo y dinero en saber dónde ha metido tu ladrón de Internet favorito tu cuenta de ahorros. Además... por norma general, con sus más y sus menos, no pensaba que demasiada gente mereciera un escarmiento de ese nivel. Así que robaba a grandes tiendas, a grandes empresas o grandes corruptos, que habían robado millones o los habían estafado a otros y nunca los pillaban por la vía legal. Qué demonios, sentía esa pequeña necesidad de tomarme la justicia por mi mano.

Poco a poco empecé a extender más y más mis horizontes y llegué a vaciar —electrónicamente— la caja de la sucursal de un banco. Este último golpe sí que fue impresionante: nunca se enteraron de lo que les hice. Era muy divertido, un día tengo que contártelo... Pero el problema es que, si te metes en líos gordos, acabas de mierda hasta el cuello. Yo sabía que me iban a terminar pillando.

Mis problemas comenzaron cuando quise atacar a entidades gubernamentales. De alguna forma sentía la vena destructora dentro de mí. Además resultaba todo un reto jugársela a esa gente. La historia es larga, cruda y, sobre todo, cometí mil y un fallos que me delataron. Un día se presentó la policía en mi casa. Pero no la policía municipal, qué va: se lo habían currado los cabrones. Había un montón de policías con chalecos antibalas, cascos y rifles de asalto. ¿Qué se pensaban? No sé, debieron de creer que

dentro de mi casa iba a haber una banda de capos mafiosos que se dedicaban a fisgonear en Internet. Pero no era así.

Encontraron a un tipo —yo— tumbado en el sofá, con el ordenador conectado a un proyector en la pared, con todas las luces apagadas, ¡comiendo patatas fritas untadas con ketchup! ¡Patatas fritas con ketchup! Creo que soy la única persona del planeta que hace esa... cosa. Soy todo un gourmet. No me enrolló: pasé unos cuantos meses en una cárcel de baja seguridad. Era un *most wanted*, pero los cabrones me habían puesto en una cárcel junto a abogados tramposos y timadores. ¡Qué ofensa! Yo que esperaba que me colocaran con los sicarios, con los presos peligrosos, y van y me encierran con la basura, como si yo estuviese a esa altura tan escasa. Vaya huevos.

Aparte de esto, mi caso fue de lo más curioso, pues violaron todos mis derechos, los habidos y los por haber. Nunca se celebró un juicio ni apenas me dieron explicaciones. No me dejaron llamar a nadie y vetaron cualquier acceso por mi parte a cualquier aparato electrónico de cualquier clase. Incluso los viejos «Nokia-ladrillo», que en mi época (según el calendario estábamos en el año 2061) aún servían, aunque eran piezas de museo, los mantenían apartados de mí. Cuidado, no fuera a *hackear* sus puertas de seguridad con el jueguecillo del Snake. Ningún policía me dijo por qué estaba detenido, aunque yo lo sabía muy bien. Fue simple: sin más me llevaron a esa prisión y allí me dejaron un tiempo. La verdad, pensé que me iba a pudrir en ese antro.

Como ya dije, tú no puedes simplemente meterte en Internet y sacar toneladas de dinero electrónico como si nada. No funciona así. Los servidores importantes, los datos importantes, las cosas importantes, están en salas protegidas, con sensores de calor y movimiento en todos lados, con armarios llenos de lucecitas parpadeando y transmitiendo información fuera de Internet o más allá del alcance de cualquier método de acceso que no sea el local, de la empresa o de lo que sea de lo que estemos hablando.